

El modelo lingüístico oral: el caso de Canal 9 o el nivel (lingüístico) desnivelado

Toni Mollà

- *La oralidad “industrial” pone encima de la mesa problemas inéditos como la naturalidad, la verosimilitud y la genuinidad que el escrito no se había planteado. Todavía no se ha conseguido el punto de equilibrio entre la corrección fonética, la dicción y la interpretación. Es imprescindible la colaboración entre profesionales, autores y directores de doblaje con el fin de perfeccionar la realización lingüística, la adecuación de voces y la calidad interpretativa. Y un modelo referencial de acuerdo con la normativa vigente y la situación comunicativa concreta (el programa). Los profesionales tenemos una gran responsabilidad en todo ello. Pero, sobre todo, los responsables de la gestión de la televisión pública de los valencianos.*

Palabras clave

Estructura lingüística, principio de modelaje, modelo referencial, oralidad secundaria, funcionalidad.

1. Consideraciones preliminares

“La lengua la hace el pueblo, la hace la escuela, la hace el televisor, la hace el poeta, la hace el novelista, la hace el diario, e incluso la hacen los lingüistas”. Eso lo escribió Joan Fuster, con más razón que un santo laico, ya hace algunas décadas. En ningún otro ámbito de uso lingüístico se hace más evidente la sentencia fusteriana que en televisión, un medio que exige un(os) registro(s) lingüístico(s) basado(s) en las variedades propias del vernáculo coloquial del área de cobertura del medio, pero a su vez respetuosas con los usos estándares y cultos del idioma. La televisión es, por definición, un medio de comunicación de masas. Y sus usos lingüísticos deben adecuarse, en primer lugar, a esa característica de máxima referencia cuantitativa.

La estructura lingüística (interna) de los idiomas, como el propio uso, es *heterogénea* (diversa) y *dinámica* (variable). La edad de los interlocutores, el ambiente social en el que viven, la ocupación, el sexo, la intencionalidad de la comunicación son factores que determinan, tanto como la procedencia geográfica, la variedad lingüística que los usuarios utilizan. Ahora bien: la variación y la diversidad lingüísticas en los medios de masas deben estar “bajo control”. El *principio del modelaje* implícito en el medio así lo exige. Por eso es tan importante que la política lingüística de los medios de comunicación –la referida a su *status* y también al propio *corpus* lingüístico– se diseñe con criterios estratégicos que velan por las necesidades comunicativas de toda la comunidad lingüística más allá de los usos puntuales. La razón de existir de una variedad estándar es precisamente la intercomunicación entre todos los hablantes de la comunidad lingüística, con independencia de su área lingüística (dialeto geográfico), de su edad (dialeto histórico), de su clase social u ocupación (dialeto

Toni Mollà

Licenciado en Periodismo, doctor en Sociología y experto en análisis de la programación en Radiotelevisión Valenciana (RTVV).

social), etc. De hecho, la variedad estándar puede definirse como una variedad superadora de la diversidad: la variedad que puede ser utilizada por todo el mundo (por todo el mundo que la nece-site), en el momento y el sitio adecuados. Pero los medios de masas son, por definición, el lugar de realización de la variedad (más) común o lengua estándar.

Con el fin de cumplir el papel de variedad superadora de la diversidad, el estándar no sólo debe ser *conocido* (compartido) por todo el mundo, sino que debe ser *aceptado* (sentido como propio). La definición de estandarización de Charles Ferguson así lo señala: "la aceptación de una variedad lingüística para toda la comunidad lingüística como norma supradialectal".¹ Eso dependerá, lógicamente, de que cumpla con un papel funcional en la comunidad de hablantes, que sirva para algo a todo el mundo. Debe ser, por lo tanto, una *lengua común utilitaria*.² Por eso solemos repetir que el modelo lingüístico de la televisión debe ser "correcto, según la norma y adecuado a cada situación".

2. Los inicios de Canal 9

Desde los inicios de las emisiones de Canal 9, el 9 de octubre de 1989, los profesionales que trabajábamos allí siempre tuvimos en cuenta que el(los) modelo(s) lingüístico(s) tampoco debían desdecir la política escolar ni la tradición literaria vamos a decir consolidada entre los valencianos. Todo lo contrario, debía reforzarla. Por eso los responsables de redactar el libro de estilo de Radiotelevisió Valenciana (RTVV)³ y de poner en marcha la Unidad de Asesoramiento Lingüístico encargada de velar por la política lingüística de la empresa pública RTVV elaboramos un(unos) modelo(s) referencial(es) tanto para la producción propia, los programas informativos y el doblaje de

producción ajena –con una especial atención a los usos infantiles y juveniles, ya que esos segmentos de la población valenciana eran los únicos que habían disfrutado de una enseñanza formal del idioma del país. Era precisa, además, una preparación profesional no sólo lingüística, porque la industria audiovisual autóctona nacía en paralelo a la televisión autonómica. Los profesionales valencianos del sector eran pocos y, como es natural, formados exclusivamente en la producción y/o el doblaje de productos audiovisuales en castellano. Una ventaja de la que dispuso TV3 en sus inicios, por ejemplo, fue el gran número de actores catalanohablantes que habían hecho regularmente doblaje al castellano. De hecho, a menudo el doblador al castellano y al catalán de determinados actores del cine norteamericano, por ejemplo, ha sido el mismo, lo que ha favorecido su identificación y aceptación por parte del espectador. No era el caso de la televisión valenciana que, ciertamente, debíamos inventarnos prácticamente de la nada en aquellos inicios de finales de la década de los años ochenta del siglo pasado, tan esperanzadores, desde diversas perspectivas.

La cantera del sector teatral valenciano también ayudaba, pero más bien poco, por su poca consistencia profesional y por el tipo de teatro –normalmente, independiente, muy centrado en algunos géneros concretos y por la ausencia de determinadas franjas de edad. También la radio en valenciano en la que habían trabajado algunos periodistas voluntaristas y determinados actores podía hacer de banco de pruebas para la nascente televisión. Por distintos motivos, el primer equipo directivo del ente público RTVV, encabezado por el director general de la RTVV, nunca tuvo en cuenta a esos profesionales. El caso más escandaloso de ese ostracismo fue el de Toni Mestre, decano del periodismo en valenciano desde la emisora de Ràdio Nacional en Valencia, con quien la dirección general de RTVV nunca

1 FERGUSON, C. (1968) "Language Development". En: FISHMAN, J. A.; FERGUSON, CH. DAS GUPTA, J. *Language problems of developing nations*, Nova York: Wiley, 1968, 521p.

2 LÓPEZ DEL CASTILLO, LL. *Llengua estàndard i nivells de llenguatge*. Barcelona: Ed. Laia. 1976.

3 Yo mismo fui el responsable de la primera redacción de *El(s) model(s) lingüístics de RTVV*, que sirvió de referencia lingüística para la puesta en marcha de la política lingüística de RTVV y los medios de comunicación que dependen de él. Este trabajo, que únicamente tuvo una versión multicopiada, sería finalmente publicado en versión comercial en MOLLÀ, T. (1992) *La Llengua dels mitjans de comunicació*. Alzira: Ed. Bromera.

contó. En cualquier caso, el País Valencià disponía entonces de un raquítico banco de voces en cuanto a edades, entonaciones o timbres que permitiera la confección de equipos o repartos adecuados a las amplísimas necesidades de la propia producción (reportajes, ficción, etc.) audiovisual y al doblaje que exigía la nueva televisión. La falta de directores de doblaje también se dejaba notar en aquellos inicios, una profesión que también tuvimos que inventar entre todos un poco de la nada.

En ese contexto tan germinal como incierto, la tarea teórica de Rodolf Sirera y de un esforzado, pero minoritario, equipo de profesionales de la sonorización y el doblaje fueron más que destacables. Sin su implicación profesional y su compromiso con la normalización lingüística no habría sido posible iniciar esa formidable aventura que, desgraciadamente, se ha quedado a medias. Nombres como Vicent Orenge (Estudis Somàgic), Lluís Miquel (Estudis Tabalet), Paco Cano (Estudis TCR-27), Miquel Gil (AC Estudis) o Manuel Miralles (Estudi de Música), entre otros, dedicaron sus mejores esfuerzos a una tarea tan ingente y estimulante como frustrante desde distintos puntos de vista. Finalmente, la falta de traductores –y ajustadores de guiones sobre pantalla– con conocimiento de las correspondientes lenguas, además de los registros propios del audiovisual, nos hacía trabajar en unas condiciones realmente difíciles. La (re)creación de un nivel de lengua referencial para las emisiones televisivas y sus concreciones coloquiales según los parámetros sociolingüísticos que exigen los distintos formatos y generaciones de la televisión exigía un urgente reciclaje de muchos asesores lingüísticos también con una preparación digamos poco industrial, para entendernos. En ese contexto, fue decisiva la tarea de Heike Van Lawik y Marisa Bolta, encargadas de la corrección y adecuación de centenares de guiones cinematográficos destinados al doblaje de películas y series televisivas. Así como Salvador Jàfer, Juli Ortells o Ximo Naval en el asesoramiento de la locución y grabación en sala de las primeras películas y en la preparación de los primeros programas de producción propia de Canal 9.

Como anécdota, cabe reseñar que la película *Casablanca*, que inauguró las emisiones de Canal 9 el día 9 de octubre de 1989, con traducción de Marisa Bolta, fue doblada en los estudios Sonoblok de la ciudad de Barcelona, con un *casting* de actores catalanes y el asesoramiento en sala de Juli

Ortells. Nadie nunca lo notó. Amadeu Fabregat, director general del ente RTVV, nos había exigido un doblaje perfecto –lingüísticamente, artísticamente, técnicamente– para el estreno de las emisiones regulares de la primera cadena de televisión en valenciano de la historia. Como decíamos, en Valencia, la industria audiovisual era incipiente y el director general decidió que íbamos a doblar en Barcelona “pero sin que se notara”. El trabajo y el reto eran dobles: debíamos elaborar un *casting* de actores catalanes capaces de imitar a Bogart y compañía –el doblaje es el arte de la imitación, no de la interpretación– como si fueran a la vez valencianos y americanos. Ovidi Montllor fue el encargado de poner la voz al emblemático Sam, el pianista negro de la mítica película. El doblaje quedó muy bien desde todos los puntos de vista, tal y como lo demuestra su vigencia dieciocho años después. Pero el director general del ente radiotelevisivo sentenció que el único actor del reparto que “parecía catalán” era precisamente el único que, administrativamente, no lo era. Las voces, los acentos y la dicción del resto le parecieron totalmente adecuadas. La mancha negra de aquel doblaje, para los extraños gustos del director general, era la voz de Ovidi –vete tu a saber por qué. A pesar del mal sabor de boca de esa anécdota, siempre nos quedará *Casablanca* como muestra de que en el mundo del doblaje y la televisión las cosas pueden hacerse bien sin que se note, que es uno de los axiomas que hay que repetir en este medio en el que nos movemos y nos ganamos la vida.

Ahora bien: el lenguaje audiovisual, como sabemos, es un conjunto comunicativo global formado por la lengua propiamente dicha, pero también por música, efectos dramáticos y, sobre todo, imágenes. En consecuencia, la aceptación de la lengua del doblaje no se debe exclusivamente al modelo lingüístico escogido, sino también a otros aspectos que intervienen en el proceso global del doblaje. Y, fundamentalmente, a esos aspectos que convierten en natural y verosímil (creíble y genuino) la versión en nuestra lengua a partir de una lengua-fuente distinta. Esto es, que hacen pasar por “natural” algo que es “artificial”. Me refiero, como decía también más arriba, a los aspectos artísticos (interpretativos, sincronía, calidad del *casting*, adecuación de las voces, diversidad de dichas voces, etc.) y a los aspectos técnicos (sonido, perspectiva y mezclas, fundamentalmente). Por lo tanto, la consideración *sine qua non* para que el doblaje al valenciano sea aceptado es que

forme parte de un buen doblaje desde los puntos de vista mencionados y no sólo de las elecciones lingüísticas.

En poco tiempo, superamos gran parte de esos problemas y alcanzamos una notable calidad lingüística –y artística y técnica– en todos los formatos y géneros. Los cursos de locución impartidos por los profesionales de la Unidad de Asesoramiento Lingüístico tanto a los profesionales dedicados a la producción de informativos (periodistas-redactores) y programas de producción propia (guionistas, presentadores, colaboradores, etc.), como los de producción ajena (actores, traductores, ajustadores, directores de doblaje, etc.) tuvieron un gran papel, porque los profesionales aprendieron a modular las distintas características de todas las formas de comunicación habituales en televisión y su complejidad de acuerdo con situaciones comunicativas.

Siempre, por supuesto, dentro de un lógico proceso de maduración gradual de los distintos subsectores del audiovisual. La elaboración de unos *Criterios generales de elocución* ocupó los primeros meses de nuestra tarea. Su publicación ayudó a fijar unos modelos referenciales que en poco tiempo se convirtieron en pauta inevitable para RTVV, productoras y empresas de doblaje y sonorización. Con los errores y las vacilaciones propios de todos los inicios, aquellos criterios continúan siendo una referencia que los actuales responsables de la política lingüística de RTVV y del sector audiovisual valenciano no deberían olvidar.

3. Algunas características de la elocución valenciana

La articulación –con especial atención al sistema vocálico doblemente abierto en valenciano general–,⁴ la entonación

(la correcta adecuación entre los ascensos, progresiones y descensos de tonalidad en las unidades prosódicas), el ritmo, la diversidad (de emisores) y su actitud ante el mensaje) precedieron a la elaboración de unos modelos orales televisivos (formal e informales) con la consiguiente gradación entre elocuciones que consideramos normativas, opcionales o inadmisibles. El establecimiento de registros formales –neutros o no espontáneos–, claramente diferenciados de los informales –coloquiales o espontáneos.⁵ En cualquier caso, la informalidad lingüística siempre es también una “flexibilidad controlada”, dado que nos referimos a una oralidad de imitación. W. J. Ong lo ha llamado *oralidad secundaria*⁶. La lengua del doblaje, pongamos por caso, debía ser neutra y estandarizada al máximo posible, ya que refleja, generalmente, realidades argumentales y contextuales ajenas a nuestro ámbito cultural y, por lo tanto, hubiese resultado absolutamente inadecuado marcar algún personaje o algún contexto con referencias extraídas de nuestra realidad circundante. La inexistencia de una lengua estándar asumida y reconocida como tal por la mayoría de la población era, finalmente, un tropiezo que retroalimentaba la situación. La poca competencia lingüística de la población imponía ciertos límites o precauciones en esa época, que tuvimos siempre muy en cuenta. Había que huir, entonces y en esas circunstancias concretas, de los usos ideológicos, prejuiciosos y a menudo compensatorios de las variedades lingüísticas como se ha hecho a menudo en determinados géneros.

La oralidad digamos “industrial” de la televisión nos ponía encima de la mesa problemas hasta entonces inéditos en el uso del valenciano como los de naturalidad, verosimilitud y genuinidad que, como es natural, la lengua escrita –y la normativa– nunca se había planteado. Dos problemas añadidos a esa situación eran la lectura (y/o elocución) orto-

4 Las vocales (ɛ) y (ɔ) tienen un extremo grado de apertura en una gran parte de las hablas valencianas, especialmente en las centrales y meridionales, y por eso se llaman dobleabiertas. Su realización debe tener en cuenta ese rasgo, ya que si la apertura no se realiza en el grado adecuado, el auditor recibe esa señal como una contravención de su sistema lingüístico. Ese rasgo no debe ir acompañado de alargamiento como hacen algunos nuevos hablantes que han aprendido o incorporado ese sonido a su sistema lingüístico (algunos actores de doblaje, algunos locutores o periodistas), especialmente los que tienen el castellano como lengua de origen: *ferro* (f?rro), no (*fe:rro), (*porta), no (*po:rta)...

5 Véase MOLLÀ, TONI (1992).

6 ONG, W. J. (1987): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Ed. F.C.E.

grafista y la lectura castellanizada que a menudo utilizaban algunos profesionales. Con respecto a la primera, existe una obsesión por pronunciar todas las letras que vemos en el escrito. La consecuencia suele ser, en vez de producir una lectura natural y próxima a la lengua real, una lectura artificiosa y “de libro”, que no se ajusta a la tradición y la elocución que debería ser considerada correcta y adecuada en nuestra lengua. Al fin y al cabo, el oral es un sistema de comunicación que difiere del escrito, tanto en su estructura como en su forma de materializarse. La futilidad del oral hace que el público receptor no lo pueda “releer”, como sucede en el escrito. La forma de organizar las oraciones tampoco puede ser la misma. El oral también necesita una sintaxis más sencilla, pero no por eso más simple: más reducida, pero no más pobre. En el caso de la lectura castellanizada, reproducimos una fonética y unos hábitos lectores que no son propios de nuestro idioma. Los ejemplos típicos son el cierre sistemático de las vocales abiertas, inexistentes en castellano. En definitiva, la pérdida de los fundamentos diferenciadores respecto de ese idioma interpuesto. Contrariamente, una buena lectura (o un buen texto) oral debería ser el que reprodujera los fenómenos lingüísticos propios del lenguaje oral: aperturas, sonorizaciones, elisiones, asimilaciones, etc.

4. Una crisis inducida

Desgraciadamente, cuando todavía no llevábamos dos años de cierta “normalidad lingüística” en RTVV y de consolidación de un buen núcleo de profesionales especializados en la producción y el doblaje, la dirección general de RTVV, ocupada todavía por Amadeu Fabregat, decidió, por una parte, hacer desaparecer el doblaje al valenciano y, por otra, impuso en el resto de la programación un registro lleno de castellanismos bajo la vieja excusa de acercarse a la “lengua que se habla ahora”. La polémica orquestada en torno a esa decisión –simbolizada en una lista de más de trescientas palabras prohibidas– enmascaraba el interés de castellanización de las emisiones. Como siempre, los conflictos sobre la forma del idioma o sobre su identidad son cultivados para

oscurecer el conflicto real. Sólo así se explica que las polémicas entre arcaístas y modernizadores o entre *heavies* y *lights* se replantearan cada vez que el uso de la lengua está a punto de alcanzar cierta normalidad. La *patuesización* siempre refuerza el proceso de sustitución lingüística. En cualquier caso, un medio de calidad exige un modelo funcional y uno populista impone uno folklorizante. En ese sentido, la renuncia a un modelo de lengua estandarizado lleva implícita la renuncia a la normalización lingüística.

El tipo de programación de Canal 9 –decantada desde entonces hacia el folclorismo incisivo y la españolada castiza– no avala la funcionalidad del catalán, sino que lo asocia a la comicidad y la intrascendencia. Desde ese punto de vista, la calidad lingüística depende, en primer lugar, del índice de uso de la lengua y, por supuesto, del modelo de televisión. No nos engañemos con consideraciones lingüocéntricas: el tipo de programación y la identidad corporativa de la cadena predisponen al espectador a aceptar o rechazar unas determinadas propuestas lingüísticas. En el caso de una programación de marcado perfil antropológico, como algunos querían para nuestras televisiones, los usos lingüísticos se asociarían inevitablemente a propuestas de corte vamos a llamarlo arcaizante, para entendernos. Para que el doblaje sea aceptado como natural, por contra, la imagen de marca de la televisión debe ser moderna y actual, contemporánea. Lo que no significa, como es natural, que deba dejar de ser “valenciana”. Todo lo contrario, debe demostrar que ser valenciana es la forma de ser moderna en el País Valencià. El doblaje representa la modernidad en la medida en la que une el uso del catalán con unos temas, contextos y personajes que se convierten en referenciales a distintos niveles. Tal y como es fácil pensar, en la construcción de esa identidad corporativa de la que hablamos no influyen sólo la programación y la lengua, sino, al mismo tiempo, todos los otros elementos distintivos de la televisión: plásticos, personal, gráficos, musicales, publicitarios, etc. En definitiva, me parece que la aceptación del doblaje al valenciano en RTVV depende de la aceptación más genérica de la RTVV. Y otra, que el catalán debe ser aceptado (también, aunque no exclusivamente) como la lengua de la modernidad.

5. La política lingüística del *matalafer*: *fer i desfer*

Por otra parte, el bajo índice de uso del catalán en la programación de RTVV imposibilita, como decíamos, la profesionalización del proceso y de sus guionistas, periodistas, traductores y ajustadores de guiones para el doblaje, actores, etc. Imposibilita, por lo tanto, según qué niveles de exigencia de calidad. Por eso, tal y como ya escribimos en otro sitio,⁷ “es especialmente grave que desde los medios de comunicación de masas se desdiga la política lingüística que se intenta aplicar en otros ámbitos, como el escolar”.

En efecto, la política del *matalafer* (*fer i desfer*) es una solución falsamente ecléctica que juega siempre en contra de la comunidad lingüística inferior. La única posibilidad real de futuro radica en la construcción de una red comunicativa que refuerce recíprocamente todos los ámbitos implicados en la normalización. En ese sentido, la “construcción de un mercado cultural autosuficiente” y la “consolidación de audiencias-mercado”, para decirlo como Miquel de Moragas, son condiciones *sine qua non* para legitimar socialmente el proyecto de normalización. Los grandes medios son el instrumento de universalización social de un proyecto que, por otra parte, se convertirá en estéril. RTVV + CCRTV + IB3 + RTVE + las televisiones públicas digitales terrestres tendrían que constituir un terreno de encuentro cultural, lingüístico y también económico que se reforzara mutuamente y que constituyera el escaparate de un país “posible y normal” que vive, ríe, llora y hace el amor –que no la guerra– en catalán. No estoy seguro de que nuestros gobiernos respectivos estén por la labor, pero me parece que se trata de una política pragmática y posibilista, un mecanismo de *excepcionalidad cultural* imprescindible para matizar los flujos comunicativos globales y los intereses alóctonos de carácter estrictamente mercantil. La reciprocidad de las emisiones entre las señales televisivas que proponen los gobiernos de Cataluña y el País Valencià, por ejemplo, sólo debería ser un primer paso de una estrategia más ambiciosa. La creación del “espacio común de comunicación” que ya reivindicaba veinte años atrás Josep Gifreu no debe ser una quimera, sino una estrategia de

crecimiento. La tecnología, por una vez, juega a nuestro favor.

Claramente: sin industria audiovisual y radiofónica (producción, doblaje, etc.), el valenciano no tiene futuro alguno. Sin embargo, atención: sin el valenciano, esa industria tampoco tiene demasiado futuro. El desarrollo tecnológico y económico, por un lado, y la normalización lingüística, por el otro, son, hoy por hoy, exigencias complementarias, dos caras de un mismo fenómeno. Un equívoco que resolveríamos, además, es que industria cultural no es sinónimo de producción ajena. O dicho de otra forma: la industria cultural de aquí puede ser tan digna y original como la de cualquier otro rincón del mundo. La retórica del reto europeo y la competitividad también avalarían la apuesta por un desarrollo autóctono. El hecho representa, a su vez, un replanteamiento de las relaciones, en su sentido más amplio, entre el sector público y la iniciativa privada. Los administradores del sector público deben estar suficientemente lúcidos para entender que el despliegue de una industria cultural autóctona es una necesidad ineludible no sólo para la vertebración del país que dicen representar, sino para la consolidación de un sistema institucional propio. Por su lado, la empresa privada no debería cegarse con el dinero a corto plazo que da el castellano. Se trata de una coyuntura pasajera, cuando no un caramelo envenenado que compra cierto silencio. La identidad de la industria cultural valenciana, su distinción corporativa, pasa por el trabajo en valenciano, aunque sea por una cuestión de reducción de la competencia.

En ese sentido, no estoy seguro de que los medios de comunicación públicos valencianos, con Canal 9 al frente, hayan hecho demasiado por el desarrollo de una industria autóctona, de acuerdo con las necesidades de producción y consumo de un país que se quiere moderno y europeo. Me parece, más bien, que han sido los instrumentos de difusión masiva de mensajes ajenos a la realidad social, cultural, lingüística y económica del país, cuando no los resortes de recuperación de las mentalidades y ideologías más rancias y conservadoras. Efectivamente: el cultivo del tópico más esperpéntico y el antiintelectualismo más mili-

7 MOLLÀ, TONI (1991): “La llengua dels mitjans de comunicació (1) i (2)”. En: *Levante-EMV*, Valencia. Ahora en MOLLÀ, T. (2007). *Quina política lingüística?* Alzira, Ed. Bromera.

tante han sido los recursos de un populismo adusto que los ha amarrado casi totalmente. El grado máximo del patetismo se produce cuando la propia condición lingüística se convierte en objeto de burla y, correlativamente, el analfabetismo se presenta como una condición venerable. Es también el colmo de “la identificación con el poderoso” y el autoodio, tal y como señaló lúcidamente Rafael-Lluís Ninyoles ya hace más de veinte años. El sainete sería un precedente histórico de ello.

Los medios de comunicación de masas exigen productos de consumo masivo, lógicamente. Pero nadie debería contraponer esos productos frente al también necesario culturalismo. Lejos de eso, sólo unos medios que tengan en cuenta los distintos auditorios que forman a la sociedad valenciana tienen sentido en unos medios públicos. Y sólo medios plurales y en valenciano cumplirán la función social integradora que exige la normalización lingüística. Lo digo con tristeza y desesperanza, pero el observador debe reconocer que se trata de los medios de comunicación más mistificadores que jamás hemos tenido los valencianos. La destrucción de la identidad particular que se había ido gestando desde la década de los sesenta y la criminalización del proyecto cultural que representa eso a lo que llaman catalanismo parece haber sido el único objetivo explícito.

6. La producción en valenciano. Consideraciones finales

Eso no representa, por supuesto, que no haya en RTVV producción de calidad desde el punto de vista lingüístico. La creación de Punt 2 y Canal Comunitat Valenciana⁸ (1995) mejoró la demanda de productos en valenciano y, por lo tanto, aumentó la cantidad y la calidad de las

emisiones. Ahora bien, la desaparición de la Unidad de Asesoramiento Lingüístico de RTVV como represalia por la oposición de la mayoría de los lingüistas⁹ a la lista de prohibiciones de la dirección general comportó que los modelos propuestos no mantuvieran ningún tipo de coherencia, sino que a estas alturas dependen del voluntarismo de los profesionales que intervienen en el proceso –la antítesis de la profesionalización. Sin duda, el principal problema es que el hecho de dominar la lengua no es un criterio de contratación. El “nivel” de lengua de RTVV es, consiguientemente, un “nivel desnivelado”, ajeno a todo tipo de control de calidad, lo que provoca inadecuaciones estilísticas, además de ciertos problemas específicos:

- *Vocalismo*: confusión de timbres vocálicos –en valenciano general las vocales abiertas son doblemente abiertas.
Persistencia de armonías vocálicas que sería preciso evitar en una dicción formal y neutra.
No realización de los enlaces vocálicos.
- *Consonantismo*: mejorar la distinción entre alveolares sonoras y sordas entre palatales sonoras y sordas.
Perfeccionamiento de la ///.
Realización de resonancia velar en el fonema ///.
Realización de los enlaces consonánticos.

Ciertamente, todavía no se ha conseguido el punto de equilibrio entre corrección fonética, dicción e interpretación. En ese punto, es imprescindible de nuevo la colaboración entre asesores lingüísticos, profesionales de la información, autores y directores de doblaje y/o de realización con el fin de perfeccionar la realización lingüística, la adecuación de voces y la calidad interpretativa. Hoy por hoy, los

8 Posteriormente cambió el nombre a TVVi (Televisión Valenciana Internacional).

9 La persecución llegó a límites sólo propios de una mente paranoica. Los correctores lingüísticos del Departamento de Informativos de Canal 9 vieron modificado el sistema informático para que en todos los textos apareciera el nombre de la persona concreta que había dejado pasar un peligrosísimo *amb*, un *nosaltres* emboscado, un *vegada* traidor o un *gaudir* siempre sospechoso. Los lingüistas Francesc Esteve, Daniel Pérez, Cèsar Aparicio, Àlvar Banyó, Salvador Jáfer, Marisa Bolta, Heike van Lawik y Josep Pérez Blesa fueron despedidos. Yo mismo, coordinador de ese equipo, fui condenado, durante más de cuatro años, a un despacho sin ventanas por haberme opuesto a la política lingüística del director general de RTVV. Éramos un simple obstáculo de cierta política lingüística, consentida, cuando menos, por el Partido Socialista del País Valencià. Era 1991 y estaba en la ciudad de Valencia, en Europa.

programas informativos son los únicos que mantienen cierto grado de coherencia lingüística en RTVV gracias a la profesionalidad de la mayoría de los actuales asesores lingüísticos, así como los contenidos ofrecidos por las distintas webs corporativas de RTVV y del canal internacional. En ese tipo de programas, el papel del redactor y presentador se ha visto siempre “complementado”, por decirlo de algún modo, por el del “asesor lingüístico”. Y también, no debe obviarse, por una política siempre restrictiva con respecto a determinados usos lingüísticos y formas por parte de la dirección de informativos desde el mismo momento del inicio de las emisiones hasta ahora mismo. Eso también siempre de acuerdo con una fuerte disparidad de criterios, la mayoría basados en el simple analfabetismo de algunos directivos de la casa. El criterio funcional – “adecuado a cada situación”–, basado en razones sociolingüísticas comprensibles, se ha interpretado a menudo como la bendición del dialectalismo y la interferencia.

Por eso, es imprescindible que se ponga al día un modelo referencial (de carácter no dogmático, pero referencial) para uso de todos los usuarios directos del idioma: periodistas, actores, traductores, guionistas, etc., de acuerdo con los parámetros siguientes: *a)* la normativa vigente, *b)* la situación comunicativa concreta (el tipo de programa, básicamente). Y, en ello, tenemos una gran parte de responsabilidad los profesionales que intervenimos en el proceso de producción y emisión del producto. Sin embargo, más que nosotros, la tienen los responsables de la gestión de la televisión pública de los valencianos y, al fin y al cabo, la política oficial de la Generalitat.